



HOMILÍA PEREGRINACIÓN DIOCESANA – 9/5/2026 LUJÁN

Nos encontramos en la casa de nuestra Madre, como comunidad diocesana. Aquí, en este lugar sagrado de peregrinación nacional, hacemos experiencia honda de que somos **hijos**, de que no estamos huérfanos, de que tenemos una Madre que nos lleva en su corazón. Es una necesidad vital venir cada año a renovar nuestra alianza con María, para reconocer que Ella es nuestra y que nosotros somos suyos.

Venimos a ofrecerle a la Virgen la vida de nuestras familias y comunidades. Nuestros dolores y esperanzas. Venimos con el corazón cargado de intenciones. Venimos con anhelos de paz para nuestro mundo. Venimos con deseos de ser una Patria más justa y fraterna, sin violencias ni agresiones, sin descartados ni sobrantes. Venimos con el deseo de transformar la cultura de la indiferencia y de la impotencia, en una cultura del cuidado, de la atención al otro.

Venimos a ofrecer a María nuestro camino diocesano, en este tiempo privilegiado de escucha, tanto hacia adentro de las comunidades, los que participan habitualmente, como los que se acercan en ocasiones, o no se sienten tan convocados.

Queremos mirar a María como ejemplo de escucha. Ella es el reflejo de lo que deseamos ser, pura disponibilidad, total apertura y entrega a Dios y a los demás.

En la Anunciación, María escucha la voz del Ángel, que le transmite el sueño de Dios, el llamado a ser Madre del Mesías. La Virgen **no ofrece resistencia** a la voluntad del Padre, la abraza con **plena disponibilidad**. Pregunta para poder ser más consciente y para acoger más libremente lo que se le pide. Ella está a mano de Dios, accesible, para dejarse tomar, moldear y llevar hacia donde el Padre la necesita. Ella es ágil a la Palabra, se deja modelar y formar por esta Palabra que, *ya había concebido primero en su corazón por la fe, antes que en su vientre*, como afirma San Agustín.

Porque supo hacer silencio para ofrecer un espacio vacío y habitable, porque se presentó sin defensas, Dios la pudo tomar por entero para hacer maravillas en Ella y por medio de Ella. Así también nosotros, cuanto menos resistencia le ofrezcamos a Dios, más podrá hacer en nosotros y en nuestras comunidades.

Madre del sí generoso, de la disponibilidad y la generosidad, enséñanos a decir siempre SÍ...

Luego de esta apertura total a la voluntad amorosa de Dios, María se pone en camino. Sabe escuchar y salir de sí misma. No queda enredada en pensamientos, miedos, excusas. No lo duda. Parte sin demora a servir a su prima Isabel. Ella es feliz porque creyó. Y esta fe la puso en camino para llevar a Jesús a su prima. Ella fue la primera **misionera de la escucha**. Supo acoger el saludo de Isabel, ponerse a la escucha, en servicio humilde y disponible. Esta escucha atenta al Señor, se hizo después respuesta agradecida, canto alegre de alabanza por la *grandeza de Dios, su Salvador*.

Madre de la escucha y del servicio desinteresado, enséñanos a ponernos a la par para escuchar con atención...

María conserva lo que escucha en su corazón, lo alberga, lo custodia, lo medita, se deja tocar profundamente por lo que vive y escucha. No le entra por un oído y le sale por el otro.

Ella es capaz de rumiar, **discernir**, sopesar... Ella es totalmente permeable a la voz de Dios en los acontecimientos que le toca vivir.

Ella avanza en peregrinación confiada hacia Belén, con los pañales en sus alforjas y las moneditas para el par de tórtolas que ofrecerán en el Templo al presentar a Jesús. En compañía y bajo la custodia del buen José, **se dejan conducir confiados** por la Providencia de Dios. Ante las puertas cerradas, ante la sorpresa de la visita de los pastores, ante las dudas, los miedos, los desconciertos, los cuestionamientos, los reclamos, María **no reacciona, sino que responde** en silencio, meditando y guardando todo en su corazón. Ella se deja herir por esa palabra que atravesará su corazón una y mil veces, dejando la herida abierta, traspasada como el mismo corazón de su Hijo. La herida de la incomprensión, la ingratitud, la indiferencia, la soledad, el rechazo...

También nosotros, como Iglesia diocesana, queremos dejarnos herir y desarmar por la voz del Espíritu que nos traspasará también, que nos incomodará, que nos moverá al cambio, a la conversión profunda, a la reforma de estructuras caducas, a la reflexión, al discernimiento comunitario, a la salida misionera para estar más cerca de aquellos que se sienten desamparados por nuestra Madre Iglesia.

Madre de la ternura, enséñanos a discernir y a dejarnos interpelar por las palabras que nos cuestionan y nos incomodan...

María y José participan de las expresiones de fe popular del pueblo judío, llevando a Jesús a celebrar su fe en comunidad, junto a su pueblo, en peregrinación hacia Jerusalén. Como nosotros ahora, juntos, en Luján, con esa alegría, con ese gusto espiritual de ser pueblo, reconociéndonos, en palabras de san Ireneo: ***pueblo congregado por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*** (LG 4). Angustiados, María y José buscarán a Jesús, ocupado en los asuntos de su Padre... Con perplejidad **escucharán la voz de su Hijo** que los animará a soltarlo, a no pretender controlar las cosas de Dios. También nosotros queremos dejarnos sorprender por las palabras de Jesús, que nos invitarán a una sabia humildad, a una profunda fe ante el misterio que se nos revela y que siempre es más grande que nuestro control...

Madre de la fe confiada, enséñanos a dejarnos sorprender por la novedad de tu Hijo Jesús, que nos aguarda en los lugares más impensados...

Como María, queremos escuchar la voz de aquellos a quienes se les acabó el vino de la alegría y de la esperanza. Queremos agudizar el oído y el corazón para empatizar con la sed de nuestro pueblo sufriente que clama por una vida más digna, por una vida con sentido, por una vida con esperanza. Como el obispo beato Enrique Angelelli, que en este año celebramos los 50 años de su martirio, queremos, tener *un oído en el pueblo y otro en el Evangelio*. Necesitamos escuchar a María que nos vuelve a decir: *Hagan todo lo que Jesús les diga...* Por eso, como Iglesia diocesana, queremos afinar nuestro oído para escucharlo mejor a Jesús, en la meditación cotidiana de la Palabra. Como el laico mártir de la Rioja, Wenceslao Pedernera, que, según el decir de su esposa Coca, *cuando tomó la Biblia en sus manos, no se le cayó más...* En medio de tantas voces, de tantos ruidos, de tanto aturdimiento, de la multiplicidad de estímulos, queremos reconocer la voz del Amado, y seguir sus pasos: *El Buen Pastor va delante de las ovejas y ellas lo siguen porque conocen su voz. Nunca seguirán a un extraño, sino que huirán de él, porque no conocen su voz* (Jn 10,4-5).

En las **asambleas parroquiales** tendremos la ocasión para escuchar y discernir lo que nuestro Buen Pastor nos quiera decir. Y pedimos la gracia de **hacer todo y solo lo que Jesús nos diga**. Por eso, venimos a Luján, a suplicar a la Madre que nos ayude a escuchar más y mejor. No sólo en esta oportunidad, sino en todo momento. Que la escucha se nos haga un estilo eclesial, un estilo familiar, un estilo comunitario. Una Iglesia discípula, una Iglesia humilde, una Iglesia, como dirá Pablo VI al clausurar el Concilio Vaticano II, **servidora de la humanidad**, a la escucha del Pueblo de Dios que peregrina en nuestra tierra sagrada de Chascomús y de su extenso y variado territorio.

Madre de la esperanza y la alegría, enséñanos a escuchar la sed de esperanza de tantos desalentados y tristes...

Finalmente, como María, queremos estar de pie, en cercanía silenciosa y contemplativa, serena y esperanzada, junto al que sufre. Con afecto maternal, como comunidad queremos salir a abrazar y cobijar a todo aquel que comparte la Cruz de Cristo. Frente a tanta indiferencia y falta de escucha, no queremos pasar de largo. Deseamos detener nuestras prisas para **escuchar y permanecer** junto a tantos Cristos, especialmente **los jóvenes**, inmersos en esta cultura de muerte y de descarte, crucificados por las adicciones, los pensamientos suicidas, la violencia, los problemas de salud mental, la falta de sentido y de referentes para sus vidas.

Como María, en Pentecostés, íntimamente unidos en oración, comunión y misión, queremos animar, reconocer y ofrecer nuestros carismas y talentos, al servicio de la misión compartida, en esta Iglesia sinodal que, bajo el impulso del Espíritu, desea hacer llegar la alegría del Evangelio hasta los últimos rincones de nuestra diócesis.

Madre de la unidad y estrella de la Nueva Evangelización, enséñanos a ser una comunidad diocesana orante, fraterna y misionera... AMÉN